

Jimena*

VICENTE HUIDOBRO

Jimena era una estatua griega. Tenía un cuerpo de palmera, un cuello de cisne, unas manos de lirio. Tenía una nariz perfilada, perfecta; unos labios de coral, unos ojos inmensos y profundos como dos lagos en la noche, etc. Después de haber cumplido con todos los ritos de la mala poesía, Jimena entraba de lleno en la belleza.

HABLA LA SOMBRA DEL CID

Poeta, te equivocas. Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué comparar a la mujer con todas esas cosas? ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? ¿Por qué no comparáis más bien esas cosas con una mujer? Ya sería algo mejor. Decid que una palmera tenía cuerpo de mujer, hablad de un cuello de cisne hermoso como un cuello de mujer, hablad de un trozo de coral como unos labios de mujer.

EL POETA

Así será, pero lo que has dicho me parece bien pobre.

* De la novela *Mío Cid Campeador* y que Vicente Huidobro llamó 'hazaña', transcribimos parte del diálogo del autor con el Cid. Braulio Arenas decía que es probable que este hermoso pasaje sobre la legendaria Jimena hubiese sido escrito por Huidobro pensando en Ximena Amunátegui, la mujer por cual abandonó a su familia.

LA SOMBRA DEL CID

Comprendo que si fueras rico pudiera parecerte pobre, mas siendo tan pobre como eres, sólo tu vanidad te permite estar satisfecho. Escucha, y sobre todo no me discutas sobre Jimena y no mientas al hablar de ella. Si mientes en un poema sobre mí, no me importa; pero sobre ella no puedo tolerarlo y no te lo dejaré pasar. Jimena tenía un cuerpo de mujer hermosa, anchas caderas y senos potentes, sin ser muy grandes, y con nada de ánfora ni de mármol. Carne, hermosa carne de mujer con leche adentro para sus hijas y un vientre como conviene a la que ha de ser fuente de una gran raza de jefes y de destinos. Tenía un cuello cálido como si lo entibiaran todas las canciones de amor dormidas adentro; tenía unas manos de carne, de hermosa carne de mujer, unas manos pequeñas que se paseaban sobre mi inquietud y calmaban mis fiebres guerreras; tenía unos labios gruesos y carnosos; labios de beso, cargados de besos maduros, prontos para el hombre, solamente para el hombre suyo, para mí. Tenía ojos de esposa y de madre. Era bella de toda belleza, de la belleza que yo amo. Belleza de España. Cuando yo llegaba, ella abría los brazos de par en par como las puertas del alba. Y bástete con esto para saber lo que era Jimena.

Así la veo yo al fondo del Romancero.

Jimena es la dama de la Edad Media, la heroína del ciclo de los caballeros. Yo la he visto en alguna parte. Todos la hemos visto en alguna parte.

¡Ah! Sí, recuerdo una ventana de piedra por donde entraba el mundo en tres álamos y una enredadera. Un pájaro vino, se paró al borde, dijo algo en secreto y se fue.

Me acuerdo de una colina elegantemente vestida de verde. La colina bajaba hacia el llano que le tendía un ramo de flores.

Me acuerdo del castillo, vetusto, pesado, una gran mole solitaria, dominando los campos y los caminos de las andanzas, una isla en medio de un mar de silencio. Me acuerdo de una selva de brazos y de músculos y el dolor de paloma de unos ojos abiertos.

Sí, sí; recuerdo sus ojos. Y no tenía dos trenzas. Era la única joven de entonces que usaba una sola trenza, una trenza larga detrás de los ojos, larga, larga, serpiente de fascinación.

Recuerdo una noche que cae como una cabellera. Los reflejos de una sonrisa triste que estalla lo mismo que un espejo y la blancura de una carne, fantasma de naufragios.

Recuerdo una voz fresca, una voz tallada en la tarde debajo del arco iris. Recuerdo una piel que reblandecía como si hubiera bebido un astro peligroso y una mano que era la llave de la primavera.

Recuerdo unos pasos aprisionados en dos frutos de luz. Unos pasos marchando sobre olas calmas y misteriosas que crujen como hierba.

Recuerdo un gesto de indulgencia en un silencio alucinado de constelaciones.

Recuerdo unas espaldas en un marco de jardín y unas alas que ya van a abrirse en un vuelo de carne, fuera del universo sobre el aire asustado.

Recuerdo unos dedos delgados en un laúd y un incendio de música que corre a lo largo de los dedos.

Recuerdo que se perdía el mundo y se entraba en un embrujamiento sagrado.

Recuerdo que se hacía un vacío en el aire, un remolino que absorbía todo, ideas, pensamientos, remembranzas se hundían al fondo del vacío.

Recuerdo que quise desatar su trenza y soltar el último sueño, cogerlo, cogerlo para mí antes que se volara.

Recuerdo que para verla hice un viaje muy largo. Muy largo sobre el mar, el mar, esta palabra que asusta a las barcas. Las olas se revolcaban en su lecho de amianto y mi barca danzaba en la soledad como una almendra de amargura.

Recuerdo que cada vez que la miraba me hacía nacer de nuevo.

Recuerdo que ella estaba en la orilla, que yo salí de las sombras, mojado de sombras.

La vi, la miré. La veo, la miro. Un laberinto de espejos empieza a girar en mi cabeza. Ya no recuerdo nada.

JIMENA

¡Rodrigo mío!

Se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del amor. Corre, corre. Salta el horizonte y se pierde en una ternura sin límites, hacia Vivar.

Jimena cierra los ojos para que la esperanza no se vuele.